ONOMÁSTICA VALLEINCLANIANA: EL JÁNDALO

Es un lugar común de la crítica valleinclaniana cuando se refiere a *La cabeza del Bautista*, el señalar su pertenencia a la larga estela de obras artísticas dejada por la historia de la trágica muerte de Juan el Bautista, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX en que la danzarina Salomé, enamorada de la cabeza cortada del precursor, se convirtió en el motivo central, desarrollando el tratamiento dado al tema por Heine en *Atta Troll*.[1]

Emblemáticos de este tipo de estudios son los de M. A. Pérez Priego, que estudia con gran cuidado su relación con la tradición o el de Franco Bachelli respecto a la estética del esperpento.[2] No se ha apurado, con todo, el estudio de su relación con escenas de otras obras de Valle en que cabezas cor-

---

[1] Imposible aquí ir más allá de una somera bibliografía sobre el tema. Véanse, la copiosa bibliografía aducida en el catálogo *Comme Salomé. Salomé dans le texte et l'image de 1870 à 1914*, Centre de promotion de la recherche scientifique —Université de Toulouse— Le Mirail, 1986. O el clásico estudio de Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Caracas, 1969. Para el tema en España carecemos todavía de una exploración sistemática.

[2] Miguel Ángel Pérez Priego, «*La cabeza del Bautista*, una tradición teatral», *Anuario de Estudios Filológicos*, IV, 1981, 183-195. Franco Bachelli, «Una Salomé *de cartón* nel teatro di Valle-Inclán, *QLL*, 3-4, 1978-1979, 176-183.

tadas u otros miembros del cuerpo humano ocupan el patético centro de la acción de manera reiterada y obsesiva.

Pero no me voy a ocupar, sin embargo, en estas páginas de ello, ya que —como he dicho— es un lugar común de la crítica, tan aceptado que a mi entender ha perjudicado la exégesis del drama al centrar la atención excesivamente sobre ese momento final en que se revela, con fuerza tan inquietante como misteriosa, el poder del instinto amoroso en los límites de la muerte.[3] La Pepona es según esta lectura una contrafigura de Salomé, mientras El Jándalo lo es del Bautista y don Igi ocuparía el lugar del Tetrarca. Valle logra así la unidad de efecto final que Poe había reclamado como solución ideal para los cuentos de terror o por extensión para su soñado teatro granguiñolesco.

Un análisis correcto de *La cabeza del Bautista* no puede reducirse a este momento y a este tema. Durante su lectura se escuchan otras voces como es habitual en Valle y que convierten esta pieza en «una especie de síntesis de lo que será más tarde *Tirano Banderas*», como escribió Speratti-Piñero.[4]

Mi intención aquí es tratar de delimitar una de estas voces, estudiando uno de los personajes del inquietante triángulo, El Jándalo, víctima al final de la cruel ceremonia en que culmina el drama.

Me voy a referir, además, sólo a algunos de sus aspectos, relacionados directamente con su nombre. El diccionario de la RAE indica en la voz *jándalo:* «aplícase a los andaluces por su pronunciación gutural».

Pero nuestro Jándalo, como es bien sabido, no viene de Andalucía, sino de América. El español de América presenta similitudes con el andaluz, pero no hasta el punto de que Al-

---

[3] Lily Litvak en *Erotismo fin de siglo*, Barcelona, 1979, pp. 100-108, estudia este tema en Valle.

[4] Son imprescindibles al respecto los estudios de S. Speratti-Piñero, «Valle-Inclán y México» y «La elaboración artística de Tirano Banderas», incluidos en *De Sonata de otoño al esperpento*, London, 1958. Frase citada, p. 66.

berto Saco pueda quedar reducido sólo a esta apreciación, que con todo ya arroja alguna luz sobre la identidad del personaje.

Los diccionarios ofrecen otras acepciones del término, que abren nuevas posibilidades. Así María Moliner tras equiparar *jándalo* a *andaluz* (por alusión a la pronunciación aspirada de la h en Andalucía), explica lo siguiente: «Se aplica también en distintos sitios a las personas que han vuelto de Andalucía y pronuncian algo a la andaluza o tienen otras costumbres andaluzas».

Amplía, pues, las posibilidades del término a quienes «pronuncian a la andaluza o tienen otras costumbres andaluzas». Lo cual nos aproxima un poco más a Alberto Saco y su habla americana, sincretismo de hablas de diversos países de allí, en la línea ya —como queda dicho— del proceso que culminará en *Tirano Banderas* (1926) y que Valle había intensificado a partir de su viaje a Méjico en 1921.

La búsqueda por este camino de extensión del uso del término *jándalo* nos conduce a la literatura costumbrista santanderina, sustrato a mi entender notable de este personaje hasta tal punto que —es la hipótesis de este ensayo— la «novela macabra» valleinclaniana supone tal vez el hito más importante de su tratamiento literario, subvirtiendo modelos y destrozando este arquetipo literario.[5]

Para demostrarlo se hace imprescindible fijar al menos en parte la serie en que se inscribe. Una aproximación a la literatura costumbrista santanderina me ha permitido reunir un número de textos que creo suficiente aunque sin duda hay muchos más.[6] La serie se inicia con el largo artículo titulado

---

[5] Véase ahora al respecto el libro de Iris Zavala, *La musa funambulesca. Poética de la carnavalización en Valle-Inclán*, Madrid: Orígenes, 1990.

[6] Quiero hacer constar aquí mi agradecimiento a Benito Madariaga, conocedor como pocos de la literatura montañesa, que me ha proporcionado los textos de Amós de Escalante y Víctor de la Serna, además de otras noticias. Y a Leonardo Romero Tobar que me llamó la atención sobre *El jándalo*, de Gerardo Diego. Ya escrito este ensayo, gracias a la diligencia de J. M. González Herrán he conocido su comunicación

«Costumbres provinciales. El jándalo», de J. López Bustamante, publicado en la revista literaria *El Español*, en 1845 [7]; le siguen las páginas que les dedica Amós de Escalante en *Costas y montañas* o José María de Pereda en *Escenas montañesas*, donde recoge el poema «El jándalo»[8]; ya en nuestro siglo, *El cuento semanal* incluye entre sus títulos *La conquista del jándalo*, de Alejandro Larrubiera [9]; Víctor de la Serna recopila en *España, compañero*, el artículo «El jándalo y el jandalismo»[10] o Gerardo Diego tituló uno de sus libros de poemas *El jándalo*, que nada añade al tema y que encuentra su justificación en el origen santanderino del poeta, viajero por Andalucía como años antes los emigrados santanderinos. Tan sólo en el poema prólogo de Manuel Machado —«A Gerardo, por su poema taurino»— se menciona el término:

Magnífico hasta el escándalo,
todo de gracia y de luz,
nos ha salido este «jándalo»
supremamente andaluz.

«Rosalía y Pereda, costumbristas: *El cadiceño* y *El jándalo*», *Actas do Congreso internacional de Estudios sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega y Universidade de Santiago de Compostela, 1986, pp. 435-447; y las páginas (245 a 253) que dedica a «El jándalo», Salvador García Castañeda en su libro *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del Costumbrismo en Cantabria*, Santander, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estudio, 1991. La copiosa información contenida en ambos mejora sustancialmente las ideas aquí expuestas sobre el jandalismo.

7 J. López de Bustamante, «Costumbres provinciales. El jándalo» *Revista literaria. El Español*, 1845, 231-239.

8 Amós de Escalante, *Costas y montañas*, en *Obras escogidas*, BAE, tomo XCIII, Madrid: Atlas, 1956, pp. 461-463. José María de Pereda, «El jándalo», en *Obras Completas*, I, Madrid: Aguilar, 1989, pp. 261-265.

9 Alejandro Larrubiera, *La conquista del jándalo*, en *El cuento semanal*, 23, 1907; con ilustraciones de Pedrero, que acentúan el carácter costumbrista e idílico del relato.

10 Víctor de la Serna, «El jándalo y el jandalismo», en *España, compañero*, Madrid: Prensa Española, 1964, pp. 119-123. Se advierte, sin embargo, que fue publicado en el libro, *Lo admirable de Santander*, editado por Luis Santos y Compañía, en 1935.

¡Eso es!
Montañés.[11]

Apenas un juego de palabras, pero que aúna hábil el doble sentido del término: andaluz o montañés santanderino que ha vivido en Andalucía asimilando sus hábitos.

De poco nos sirve para nuestros fines y otro tanto ocurre con el texto de Víctor de la Serna que tiene el interés general, sin embargo, de explicar cómo se fue definiendo la emigración de los montañeses que, según él, siempre tuvieron querencia del sur y desde que Fernando III conquistara Sevilla, ésta se polarizó hacia allí:

> El jándalo es una institución secular en la vida rural de la montaña, y excede en interés con mucho al indiano desde el punto de vista humano, aunque las dimensiones de la hazaña económica del indiano sean superiores. Lo cierto es que, obedeciendo a un designio semejante, no se parecen en nada.
>
> El indiano es un sujeto grave, mientras el jándalo tiene una deliciosa frivolidad, una gracia y una agilidad mental muy superiores a los de su congénere.
>
> Al indiano se debe, por ejemplo, en la Montaña, mucho en lo que se refiere a cultura y beneficencia populares. Yo no recuerdo ahora de ningún hospital ni casi de ninguna escuela —salvo las de Igareda, en Valdecabezón— que se deban a los jándalos. Pero el jándalo ha introducido en la vida rural de la Montaña modos alegres y gratos de vida. Por ejemplo: la arquitectura aldeana les debe la importación de la reja y del tejadillo sobre las puertas y los balcones. La vida diaria le debe el amor a las flores y los estragales húmedos y regados, con muchas enredaderas que a veces constituyen verdaderos jardines colgantes. Y como suprema aportación les debe el cuidado y el rito.
>
> Hay en los valles donde el jandalismo es más acusado, verdaderas capillas vínicas, inigualables soleras donde el tosco y duro vino de la Nava del Rey, adquiere matices de la mejor manzanilla, gracias al cuidado casi religioso del jándalo (pp. 120-121).

---

[11] Gerardo Diego, *El jándalo (Sevilla y Cádiz)*, Madrid, Gráficas Osca, 1964.

El texto transcrito define bien dos modos de emigración y de retorno: el jandalismo y el indianismo. Los dos son subvertidos en *La cabeza del Bautista* en los personajes de Alberto Saco y Don Igi, aunque aquí me refiero sólo al primero, el *jándalo*, originario fundamentalmente de los Valles de Val, de San Vicente, Valdáliga, Cabuérniga, Reocín, Toranzo y Siete Villas. Por contra, Valdeiguña, Camargo, Pas y Cudeyos han producido más indianos.

El *jándalo*, pues, tradicionalmente emigraba a Sevilla o Cádiz, retornaba cada dos o tres años, seseando un poco, frecuentando las romerías donde despilfarraba sus ahorros y buscaba compañera para casarse.

Hasta aquí Víctor de la Serna que, en 1935, consideraba no extinguido el tipo. Es decir, Valle-Inclán tuvo tanto información directa como libresca, que es la que aquí considero. Información que él barajó y sincretizó con otra.

En cualquier caso, la pequeña serie de textos a que me refiero proporciona una imagen mucho más variada y menos optimista que este ensayo. Amós de Escalante mantenía nítida la diferenciación entre jándalos e indianos:

> Así el jándalo es rumboso, enamorado y ponderativo. Menos paciente que el indiano, aguijado su amor propio y su amor a la patria por la menor distancia y las facilidades de salvarla, no aguarda para visitar su aldea más que a poder presentarse con el conveniente lucimiento y majeza (p. 462a).

Aprovecha las fiestas para lucirse en su jaca, para «que los chicos envidien sus patillas de chuleta y los mozos su cadena de reloj y su vistosa faja de colores» (p. 462a). Es su momento de gloria, centro de atención de todos. Se pavonea entre las mozas («¡Vaya un manojito de rosas!», les dice), convida a todos y busca pareja para cuando regrese definitivamente. Amós de Escalante da una imagen idílica del jandalismo.

Pero ya antes, en 1845, J. López de Bustamante había incidido en aspectos menos halagüeños en su excelente artículo costumbrista «El jándalo», que parte de un análisis socioeco-

nómico del jandalismo. Según él, en la montaña santanderina se daba esta situación:

> Sumamente dividida la propiedad por la naturaleza montañesa, por la corta estensión del país y por su escesiva población, el fruto de sus tierras es insuficiente para cubrir las primeras necesidades de sus habitantes; vense, pues, obligados a abandonar sus familias y a buscar en más remotos paises el sustento que el suyo les niega: de aquí esa frecuente y numerosa emigración a América y a Andalucía, y de esa emigración el Indiano y el Jándalo (p. 234).

López de Bustamante polariza su atención en el último. Nacido de familia miserable, emigra para retornar convertido en un «tipo fanfarrón»:

> En efecto, mirad a ese hombre *cruo* que al apearse de su cabalgadura parece que pretende aplastar á la tierra con *tóo su poer*... ¡miradle! ¡como se *cuartea* sobre sus *caeras*! ¡con que desenfado y *grasia* marcha! ¡con que prosopopeya lanza al aire densas *bocanaas* de humo! Embozado en sus patillas de *boca de jacha*, echado el *calañé* sobre el colodrillo, á guisa de perdona-vidas, ostentando al desgaire en cada uno de sus bolsillos un pañuelo de seda de cien colores, haciendo resonar sus largas y plateadas espuelas, y revolviendo los ojos en todas direcciones con aire matón, parece que está diciendo al mundo entero, «¡todo esto es mío!... ¿quien me tose?... yo soy aquí el que manda»...
>
> ¿Quién diría que este es el andrajoso muchacho que tantas veces vimos cargando con las *haces* y el *horcón*, tantas veces delante del arado?
>
> (...) ¿Como se ha obrado tamaña transformación? ¿Ha hallado algún tesoro? ¿Le ha tocado la lotería?... ¿Ha heredado a algún tío cura o indiano?... Nada de eso. ¡Ha estado dos o tres años en Andalucía! ¡Es un Jándalo! (p. 235).

Salió de niño con un arriero y tras muchas penalidades llegó a Sevilla, donde trabajó probablemente en *una tienda de Montañés*, «nombre que por antonomasia se da a los establecimientos que en gruesas letras anuncian a los aficionados vino, licores, comestibles y otros efectos» (pp. 235-236). En ella

trabajó lo indecible hasta reunir un pequeño capital con el que nostálgico de su tierra, haciendo suyos los modos chulescos sevillanos que ha asimilado esos años,

> ...acuérdase entonces de su patria: sobrevienenle deseos de visitarla, y reproduciendo en su imaginación las escenas que ha presenciado, y repitiendo en su memoria los agudos dichos y el hablar fanfarrón de la *gente crua* que frecuenta la tienda, imita su acento, parodia su ademán, cálase el *calañé* con desenfado, cíñese una faja moruna y metiéndose en la *faltriquera* sus cuatro o cinco onzas, y una navaja *de a tercia*, sale por el barrio de Triana transformado en Jándalo (p. 237).

El jándalo reproduce no sólo los gestos chulescos sevillanos sino que su memoria le trae el recuerdo de la entrada triunfal de otros jándalos durante su infancia en su aldea. Y a reproducir su imagen se aplica: la sandunga, el garbo, el calañés, la faja, las espuelas, la escopeta, los regalos para los suyos... y su jaca.

En efecto, la entrada en la aldea es triunfal, yendo a parar tras saludar a sus familiares a la taberna:

> Encamínase en seguida à la taberna, y allí celebran con copiosas libaciones su bienvenida; allí luce el Jándalo toita su grasia y su salero; allí es verle forjar cuentos o hazañas que o no han existido o él se apropia; allí es verle torcer el cuerpo, arquear el brazo, poner el otro en la cadera, coger el vaso de vino con *mucha sandunga*, aproximarle a su nariz y el borde a los labios, escupir, hacer un mohín, *dejar el vaso en el mostrador* y esclamar con tono desdeñoso —¡Jesú!, qué tierra ésta tan miserable! ¡Digazte compare (todos son compadres para el Jándalo) ¿en donde ha comprado este jarrope? ¡Vaya, echozte un chiquito de aguardiente, que ezto no se puée beber».
>
> —Levántanse todos, *echan la sosiega*, descíñese el Jándalo la faja, saca uno o dos duros, y arrojándoselos sobre el mostrador, dice con voz desdeñosa —¡Cóbreze obte!— guarda la *vuelta* sin contarla, y salen todos de la taberna (p. 237).

Pocos datos faltan ya en estos textos para configurar a Alberto Saco entrando jaque en la taberna y los billares de Don Igi el indiano. El resto de sus andanzas poco nuevo añaden:

siempre a caballo, con su escopeta, visitando todas las tabernas, rondando a las muchachas en ferias y romerías... hasta que su estrella va declinando y arruinado retorna a Sevilla o a su primitiva profesión en las labores del campo, excepto algunos jándalos

> que diestros en el mecanismo del mostrador y dotados en alto grado del agrado y gracia necesarios para ejercer tan ardua profesión, establecen tabernas y tiendas de comestibles en su pueblo: nada notable podemos decir acerca de ellos: dueños al cabo de algunos años de un regular capital, acreedores de todos sus convecinos porque en la montaña de Santander se vende siempre *á la raya* o al *fiado,* álzanse con la hacienda de éstos, despojándoles de sus bienes, y logran ser por este medio los notables de la aldea (p. 238).

¿No tiene algo de viejo jándalo enriquecido Don Igi? Su taberna y su codicia, el respeto que impone a sus convecinos son de algún modo los sugeridos en el texto.

Como se ve, López de Bustamante ofrece ya un tipo consolidado y diferenciado, que será seguido en buena parte por los escritores posteriores.

Su descripción, entreverada de censuras moralizadoras, es también el procedimiento elegido por Pereda, que inicia su poema mostrando irónicamente su llegada a la aldea:

> Un jinete apareció
> sobre indefinible bicho,
> pues desde el lomo a los pechos
> y desde el rabo al hocico
> llevaba más alamares
> que sustos para un marido.
> Todo un *curro* era el jinete,
> a juzgar por su trapío:
> faja negra, calañés,
> y sobre la faja un cinto
> con municiones de caza,
> pantalón ajustadico,
> marsellés con más colores
> que la túnica de un chino,
> y una escopeta, al arzón
> unida por verde cinto (pp. 261-262).

Pereda le sigue en su recorrido por el pueblo; reproduce su habla jaque andaluza; su esplendidez y chulería en la cantina que nos acerca de nuevo a Valle-Inclán; mantiene estas actitudes los siguientes días, durante la romería de San Juan, hasta quedarse sin nada:

Pero ¡ay! al llegar agosto,
tentó con ansia el bolsillo,
que ya protestaba lacio,
y aunque con dolor vivísimo,
vendió su caballo enteco
(que nunca fue más lucido)
en diez duros, no cabales,
al primero que le quiso,
para reparar algunos
siniestros apremiantísimos,
pues no llegando «la recua
que quedaba en el camino»,
su traje se clareaba
a puro darle cepillo,
y sus botas se torcían
y no bastaba el tocino
para remediar las grietas
ni para prestarle brillo.
Trocó el presuntuoso puro
de a cuarto por el mezquino
pitillo; dejó el pan blanco
y el riojano negro líquido,
sólo para los domingos;
y aunque chancero y zumbón
y fingiéndose aburrido,
iba al campo algunas veces
«a enredar con el rastrillo».
Mas era que el pobre viejo,
formalizado, le dijo
un día: si todas tus rentas
son las que a casa has traído,
o trabajas, o no comes,
que yo del trabajo vivo (p. 264).

La presunción con que llegó se reduce a nada y terminará por reconocer, que apuró cuanto tenía, amasado con gran esfuerzo vendiendo vino tres años en Puerto Real «y llevando

garrotazos / de padre y muy señor mío» (p. 265). Pasado un tiempo el jándalo abandona el pueblo para probar de nuevo fortuna.

Pereda, con intención moralizadora evidente, muestra la miseria que con frecuencia oculta el jandalismo. Su texto reitera el arquetipo ya fijado: su apariencia chulesca, su habla, su comportamiento rumboso en la cantina.

No muy diferente es el caso de *La conquista del jándalo* de Alejandro Larrubiera, que construye su idílica novela situándola en el Valle de Toranzo y basando su trama en la rivalidad entre Luco el de Longa y el jándalo Francisco Callejones por Nela, la hija del tabernero. Hasta se evoca a Pereda como maestro insuperable en la descripción de los apartados rincones montañeses. El tímido Luco, que ha ahorrado una pequeña fortuna con gran esfuerzo y que está perdidamente enamorado de Nela, decide al fin declarársele a ésta, una robusta aldeana pletórica de glóbulos rojos:

> guapetona sí era la tal Nela; en su rostro, ovalado con graciosa perfección, se abrían melancólicos y ensoñadores ojos azules que tenían ese brillo metálico de la que en plena juventud se conserva virgen de alma y de cuerpo; los labios, grosezuelos, carminosos, acusaban a una hembra pletórica de glóbulos rojos en la sangre; encuadraba el rostro un pelo rubio como las candelas; el busto modelábase con líneas amplias de deliciosa y mórbida curvatura; el collar de corales que aprisionaba su cuello hacía resaltar el nácar de su finísima piel tersa, fresca, incitadora, digna de ser besada por el mismo Amor (cap. I).

La descripción no es ningún prodigio. Más bien un texto con el que la *musa funambulesca* de Valle-Inclán —por utilizar la expresión de I. Zavala— podía fácilmente causar destrozos irreparables. No quiero decir con esto que La Pepona de *La cabeza del Bautista* sea el molde invertido de esta rezogante moza, pero no deja de ser curiosa su naturaleza exuberante, su relación con la cantina aunque aquí sea como hija y no como coima del cantinero. En todo caso era una novela a la que pudo tener fácil acceso Valle al publicarse en una colec-

ción popular como ocurriría con su «novela macabra» en su primera publicación.

Muy distinto es el retrato del jándalo Francisco Callejones y Portilla:

> La octaviana paz que reinaba en la aldea interrumpiose en el punto y hora en que retornó a la misma, procedente de los Madriles, Francisco Callejones y Portilla, hijo de Buspodible y de padres tan faltos de pan como sobrados de ganas de comer.
>
> Este Francisco Callejones que, por su empaque soplado y farfantón emularía con ventaja al más finchado y vanidosuelo de los hidalgos inmortalizados por nuestros costumbristas de nuestro siglo de Oro, volvía a la tierruca después de veintitantos años de ausencia y harto de rodar por tierras andaluzas y castellanas. Conservábase en lo físico hecho todo un buen mozo.
>
> Su indumentaria aseñorada, los pesos duros que se complacía en hacer sonar dentro de los bolsillos del pantalón cuando iba por las callejas y conversaba con el prójimo, sus bigotes untados de brillantina, el penetrante olor a *patchouli* que se desprendía de su persona, y su sempiterno charlar de títulos de la Deuda, acciones del Banco y negocios en los que figuraban millones impresionaron de tal modo a sus paisanos, que todos, llamaranle Francisco, Frasquito, Quico o Paco, anteponíanle sonora y respetuosamente el don (cap. II).

El tiempo no pasaba en vano para el jándalo, que aparece aquí modernizado. Ya Pereda en nota a pie de página advertía que desde que se hicieran los ferrocarriles habían dejado de llegar los jándalos con sus jacas, prefiriendo el nuevo medio de viajar. Pero lo esencial permanecía intacto y otro tanto ocurre con el personaje de Larrubiera:

> Chico en una tienda de montañés en Cádiz y amo de una taberna en Madrid, había reunido aquellos cuartos a fuerza de puños, de romperse los cascos y de estar hecho un esclavo de mostrador, según se afirmaba; pero, en realidad por no muy buenas artes. Callábase cómo había cimentado la base de su fortuna a costa de la confianza de su amo de Cádiz, un pobre viejo que tenía por mujer una hembra joven y casquivana que dio oídos al audaz y desaprensivo montañesuco. Felizmente para el viejo, una angina de pecho le libró de enterar-

> se del criminal juego que sostenían los tahúres de su honra. Legalmente, se vio dueño de la mujer y de la tienda de su malaventurado principal, y de Quico a secas pasó a ser el señor Frasquito (cap. II).

De este modo, estamos a un paso no ya de los personajes de Valle sino de su «novela macabra» o «melodrama para marionetas» por las truculencias que se insinúan acerca del pasado de este jándalo enriquecido que, ya maduro, recala en su aldea y siguiendo la tradición se dedica a requebrar mozas y a frecuentar la cantina.

Pero Larrubiera no va más allá de esta insinuación y su novelita es ante todo un desfile de personajes montañeses, anécdotas y algún malentendido, para culminar tras diversos lances con el matrimonio del jándalo con Nela ante la desesperación de Luco.

Es el momento ya de volver al texto de Valle-Inclán, que adquiere nueva luz con el recuerdo de estos textos. La escena transcurre en el café y billares del indiano don Igi; un grupo de mozos prepara una rondalla a la luz de la luna y los billares. Como se ha visto, tradicionalmente los jándalos llegaban a sus aldeas en fechas inmediatas a sus fiestas. La ronda que se prepara parece un eco de este ambiente festivo y no menos las letras de las canciones que luego se incluyen:

> Noche de estrellas con guitarras y cantares, disputas y naipes en las tabernas, a la luz melodramática del acetileno. En la puerta de los billares, los mozos están templando...[12]

Es el momento en que se produce la llegada de El Jándalo:

> Sobre un caballo tordillo, con jaeces gauchos, viene por la carretera un jinete. Poncho, jarano, altas botas con sonoras espuelas. Se apea con fantasía de valentón (p. 157).

---

[12] Cito aquí por Ramón del Valle-Inclán, *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte*, Madrid: Espasa-Calpe, Col. Austral, 1968. Su cotejo con la edición de *La rosa de papel y La cabeza del Bautista*, en *La Novela Semanal*, 141, 22-III-1924, que he podido consultar gracias a Jean Marie y Eliane Lavaud no aporta cambios sustanciales.

El valentón es así casi un anacronismo; sorprende su vestimenta que no es la tradicional del jándalo, pero ya se ha advertido el carácter sincrético pretendido por Valle; sólo así tienen sentido sus jaeces *gauchos*, el *poncho*, el *jarano*. Reiteradamente citadas, sin embargo, hemos visto su montura y sus espuelas y sobre todo el aspecto de valentón del desconocido, que subrayan sus primeras réplicas: «Alberto Saco, donde entró, fue primero» (p. 157).

Valle parece haber optado por el sugestivo impacto plástico que produce su vestimenta exótica, que aglutina tanto el traje de caballista andaluz como los referentes americanos. Esta capacidad concentradora se manifiesta bien no mucho después en el diálogo:

> La Pepona.—¿Usted no es de estos reinos?
> El Jándalo.—Yo soy un poco de todas patres (p. 158).

Advertida la presencia de La Pepona, El Jándalo fiel a su modelo:

> entra por el ámbito de los billares, azotándose las botas con el rebenque, y haciendo el gallo se acerca a la mujer de los rizos (p. 158).

O luego:

> El Jándalo, tirada la mangana a la hembra de los rizos, camina al mostrador y la morucha amusga la oreja para entender lo que trata con el patrón (p. 159).

Uno de los personajes de *La conquista del jándalo*, ya decía:

> mos ha risultao el tal jándalo más namoraduco que los gallos, y pa él lo mesmo da que sea mozuca soltera que casada; en tuviendo güenos ojos, o güen pelo, o güen talle, o cualisquiera otra cosa güena, ya está amarraduco a las faldas... (cap. III).

O López de Bustamnte:

> Siempre escupiendo por el colmillo, *salao* siempre y generoso, es el Jándalo el matón de tabernas, el héroe de las romerías, el amigo de todos los aldeanos, el imán de todas las zagalejas, el punto de vista de todas las madres (p. 238).

No se trata de un cuadro costumbrista al uso sino de su sistemática destrucción. Es la amenaza que viene de lejos, misteriosa como dirá enseguida don Igi, acudiendo a uno de los muchos tópicos románticos de que se hace uso en la obra:

> ¡Lo que es el sino de los hombres! (p. 159).

El Jándalo no requiebra a una mozuela inocente sino a La Pepona, encarnación de lo femenino desmesurado y amenazante:

> El Jándalo se volvió para mirar al fondo de los billares. Había sentido el magnetismo de los ojos de la mujerona, fosforecidos bajo el junto entrecejo. La Pepa le sonreía, pasándose la lengua por los labios, y le respondió con un guiño obsceno (p. 161).

La bucólica escena aldeana de la tradición se convierte enseguida en un inquietante antro, en una jaula donde se enfrentan tres fieras maleadas, que pronto enseñan sus uñas. Su diálogo es afilado e hiriente. Don Igi trata de zafarse de las preguntas que como zarpazos le lanza El Jándalo. Pero es imposible, es su pasado oscuro que viene a pasarle factura, su *sino* que se hace patente a través de este *aparecido* de América (p. 176).

La entrada de El Jándalo tiene el misterio de las entradas de los héroes románticos; la fuerza de don Álvaro o de don Juan Tenorio. Y el lugar no es ajeno tampoco al punto de arranque de aquellos dramas: un aguaducho, la posada del Laurel de Butarelli.

El desarrollo de la trama está salpicado de referentes folletinescos utilizados irónicamente: el oscuro pasado de don Igi, cuyo crimen pone al descubierto la presencia de El Jándalo; su relación deshonrosa con La Pepona; la preparación y consumación del asesinato de Alberto Saco.[13] Mediante esta

[13] Es notable la actitud distanciadora indicada en las acotaciones. Así, ya en la primera se insiste en la luz «melodramática» del acetileno; actitudes teatralizadas de personajes: Valerio El Pajarito imita el habla de El Jándalo «parodiando al gaucho pampero» (p. 160); o luego se dirá que «La Pepona cobra un prestigio popular y romántico» (p. 173).

hábil utilización irónica de recursos folletinescos Valle conduce al lector al patético final de *teatro de espanto* en el que se hace evidente la relación paródica con el tema de Salomé.

Para concluir. Como tantas veces, Valle entrecruzó muchos hilos en su telar, tejiendo con cuidado su tapiz. Por delante todo aparece compacto y en su sitio. Pero una de las misiones del historiador de la literatura es darles la vuelta a los tapices, para descubrir su hechura. Es lo que he intentado en estas páginas, siguiendo uno de los hilos, el de El Jándalo, que entrecruzándose con otros —en ocasiones casi hasta pasar de sapercibido— constituye si no estoy errado uno de los soportes importantes de la pieza.

El jandalismo, con todo, como el indianismo, no es un mundo absolutamente unívoco y localizado. No quisiera dar esta idea. Hay toda una constelación de textos que no son ajenos a los temas y técnicas aquí empleados. Bastará citar a modo de ejemplo uno de ellos, de una autora próxima a Valle por muchos aspectos: «El cadiceño», de Rosalía de Castro.[14] En él, Rosalía satiriza al emigrante que de vuelta a su tierra intenta deslumbrar a las gentes de su aldea. Cómo los jándalos han adoptado los modos andaluces. Curiosamente de los dos emigrantes que presenta uno dice venir de La Habana y el otro de Cádiz, o sea, un jándalo y un indiano. El texto de Rosalía tiene una mezcla de lenguajes realmente sugestivos en ese camino que conducirá hacia la lengua globalizadora valle-

---

Se usan los recursos folletinescos, pero marcando distancias e insistiendo en palabras claves:

Don Igi.—Ese pendejo que has visto me pondrá el revólver en la mano.

La Pepona.—¡Ay, qué *célebre*! (p. 162).

O luego:

¡Tú has cometido alguna *gran culpa*! (p. 164).

Alguna réplica tiene una incitante ambigüedad como en estos requiebros:

El jándalo.—¿Quiere usted darme la miel?

La Pepona.—¡Que nos está mirando el público! (p. 174).

[14] Rosalía de Castro, «El cadiceño», en *Antología*, Barcelona: Salvat, 1985, pp. 185-192.

inclanesca. Pero falta esa configuración tan precisa de las situaciones que hemos visto en los textos santanderinos referentes al jándalo: su llegada a la aldea con su jaca, engalanado al modo andaluz; su visita a la taberna, su comportmiento de matón de aldea.

El jándalo es uno de esos *hombres cruos* a los que Valle fue dando cabida en su obra cada vez más cuando acentuó lo antiheroico en su literatura. Valle-Inclán desde sus primeros años se había entusiasmado e identificado con la figura de los conquistadores de América. Baste recordar su intermitente referencia a Hernán Cortés, de quien llegó a anunciar una biografía novelada. Pero después abandona este tipo de personajes y los sustituye por sus contrafiguras. Juanito Ventolera, en *Las galas del difunto,* ha sido considerado con acierto una contrafigura de don Juan Tenorio y la pieza en su conjunto una tremenda desmitificación de la guerra cubana. El Jándalo —y también don Igi— en *La cabeza del Bautista* son también las contrafiguras de aquellos conquistadores. Los ideales que les mueven son rastreros y en cualquier caso, su codicia y su lujuria conducen a situaciones violentas y trágicas.

Valle-Inclán destroza la imagen idílica del jandalismo y del indianismo, descubre su trasfondo egoísta. Borra intencionadamente los contornos localistas, la distinción tajante entre jándalo e indiano, entre Andalucía-América. Aglutina lo diverso y le ayuda a ello su proverbial capacidad lingüística y en definitiva las comunes pasiones de los hombres, verdaderos monigotes en manos de su destino.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ
Universidad de Zaragoza